

Perfección de artífice, emoción de poeta, ropaje nuevo. A veces un toque nerudiano, ¿cómo escapar a su avasalladora influencia, tan cercana?

*Alamo del camino, mástil de oro,  
navío de las olas forestales,  
alta columna de esplendor sonoro,*

*dáme una rama de su fuerza alada,  
un gramo de tus íntimos metales,  
y nacerá la luz en mi enterrada.*

Que Thiago de Mello vierte al portugués, sin esfuerzo:

*dá-me um ramo de tua fôrça alada,  
uma gramma dos íntimos metais,  
e nascerá a luz em mim enterrada.*

Y así van caminando los sonetos de Homero Arce, en una y otra lengua, fácilmente, alternándose con los azules finos de las láminas que dejó olvidados en un pizarrón de la sala de clases, un niño, con tiza traviesa, un inesperado y exquisito ilustrador: Pablo Neruda.

HÉCTOR FUENZALIDA

JOSÉ MIGUEL VARAS: "PORAI" (novela). Ediciones El Litoral, 123 págs. 1964.

Tal vez la característica más evidente y definitoria de un auténtico escritor, consista en su capacidad para "distorsionar", para "desrealizar" el mundo sensible, material o fenoménico o como quiera llamársele y, por lo tanto, para crear una "realidad formal" distinta a la realidad natural ya "dada".

Naturalmente que esto puede lograrse a través de variados medios: estructura, imaginación, lenguaje, etc., medios que, como es lógico, no corresponden jamás a un recetario, ni a código normativo alguno; dependen sólo de la sensibilidad, del poder intuitivo del escritor, y también, ¡por qué no! de la tradición literaria, del sedimento artístico incorporado que contribuye siempre a elevar la conciencia y la madurez estéticas de un pueblo.

Estas ideas nos han surgido a propósito de la lectura de *Porai* de José Miguel Varas, novela que trae a cuento las anteriores reflexiones, ya que representa en nuestra tradición narrativa un nuevo concepto de la realidad, un grado mayor de madurez y un nivel artístico más alto en nuestras letras. En otras palabras, representa la superación evidente de todas las formas de criollismo y naturalismo, tanto rurales como urbanos.

González Vera, en el prólogo, percibe esta nota que le hace decir: "Es libro bastante singular y no recuerdo otro que se le asemeje en nuestra literatura". Efectivamente, se descubre, desde las primeras líneas, en este libro, otro tono, otro nivel que, sin desvirtuar la auténtica y fina captación de lo popular, "recrea", "trasmuta" la realidad a un plano más alto de calidad estética. En este aspecto José Miguel Varas se incorpora a una tónica del realismo hispanoamericano de mayor jerarquía, más auténticamente creador, y cuyo mejor representante es, sin duda, el mejicano Juan Rulfo.

Las anteriores consideraciones de carácter objetivo en nada tienden a despersonalizar los méritos del autor, que ha sabido hacer de la historia muy simple de la vida de un hombre del pueblo, de nuestro "roto", pícaro, alegre y "macuco", una novela de alta calidad artística, y representativa, por consiguiente, de nuestro espíritu, de nuestro carácter, de nuestra idiosincrasia.

La novela de muy sencillos recursos técnicos, se desarrolla en dos planos: uno el de la realidad concreta, presente; y el otro, el del pasado, a través de un método muy simple de relato, que nos revela otro aspecto del personaje, los que sirven para completar su cuadro psicológico, así como los del grupo de muchachos y hombres que lo rodean.

Si nos atuviéramos a los cánones de la tradición literaria, diríamos que es una novela "picaresca", ya que el protagonista, tal como su primer antecesor, el Lazarillo, desempeña diversas labores, anda metido en variados enredos, pasa hambre, frío, sufre la cárcel, los golpes, la injusticia, pero todo con jocosidad y estoicismo, los que revelan el trasfondo filosófico, las características morales, propias de nuestro pueblo, dicharachero y sufrido, en medio de los pesares, de la miseria, de la incertidumbre, y hasta de la desesperación. Preferimos evitar el rótulo de "picaresca", porque nos parece restrictivo para esta obra; significaría subordinarla a una clasificación puramente novelística, cuando, sin duda, la categoría de "pícaro" es mucho más amplia, más rica puesto que corresponde a una realidad socioeconómica más que literaria. Tal vez lo que la acerca a las fuentes del género es su humor, su tono festivo, el desparpajo de ciertas escenas.

En nuestra literatura, *Porai* se emparenta, con *Hijuna* de Carlos Sepúlveda Leyton la cual, aunque más dramática, de mayor contenido social, tiene de común con aquélla, la manera de dislocar el mundo a través del lenguaje, de la caricatura. Sin embargo, lo que en Sepúlveda, por razones de época, de falta de tradición, se tradujo en un recargamiento del estilo, por un empleo excesivo de animismos y metáforas, en José Miguel Varas, se depura, se decanta, se hace más escueto y preciso. Pero ambos superan el criollismo convencional, por su especial manera de "desrealizar" la experiencia a través del lenguaje. Esto en lo que se refiera, al menos, en la comparación de *Porai* con *Hijuna*, ya que las otras obras de Sepúlveda, llevan la distorsión del mundo a un plano más alto al de la imaginación, de la creación de símbolos y de absurdos.

Pensamos que con esta novela Varas se revela como un auténtico escritor, en el mejor sentido del término, puesto que ha logrado, al nivel del lenguaje, elevar el plano de la realidad cotidiana, fenoménica a un grado de "realización artística" poco común en nuestro medio, donde abundan obras de mayor valor documental sociológico que estético. Representa, junto a Carlos Sepúlveda Leyton y González Vera, su prologuista, una renovación de nuestro "realismo" tradicional, la que, paradójicamente, llega a ser más "realista", puesto que despojada de paramentos y artesonados retóricos, libre del lastre del naturalismo, alcanza una mayor profundidad, una síntesis más rica y verdadera del mundo y del hombre, de lo que hasta aquí nos había entregado el realismo, con diversos apellidos.

JAIMÉ VALDIVIESO

JULIO CORTÁZAR: RAYUELA. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1963.

Después del predominio sin contrapeso del naturalismo criollista, la literatura latinoamericana se ha bifurcado, en los últimos años, en dos corrientes bastante definidas: realismo y narrativa fantástica. La mayoría abrumadora de las grandes novelas latinoamericanas cabe dentro de la primera denominación. Más aún, podría sostenerse que toda la literatura de lengua española, de España y de América, tiene una marcada vocación para el realismo. Se ha querido atribuir este fenómeno a la situación política actual de los países de nuestra lengua; nuestro flagrante atraso impediría escribir obras en las que no vaya envuelta una denuncia. No entraremos a discutir esta tesis, pero ella supone, desde luego, que toda narración fantástica es apolítica, lo que de ningún modo es verdadera; el caso de Swift, en Inglaterra, bastaría para demostrar lo contrario.

Los representantes de la literatura fantástica en América Latina son mucho más escasos y se hallan, en cierta forma, al margen de la tradición de las letras españolas. Es significativa, por ejemplo, la predilección de Borges por la narrativa inglesa y, en general, por las literaturas del norte de Europa; también es decidior el hecho de que Julio Cortázar haya realizado una magnífica traducción de Edgar Poe al español.

Toda la obra de Cortázar parece oscilar entre la realidad y la fantasía. La fantasía obedece minuciosamente a las leyes del mundo real, con una especie de lógica absurda; a la inversa, en sus relatos realistas hay siempre un elemento inquietante, como si nos encontráramos en los umbrales de la irrealidad y pudiéramos penetrar a ella en cualquier momento.

En *Rayuela*, Cortázar alcanza una síntesis de los elementos realistas y fantásticos que se encontraban aislados en sus narraciones anteriores. Reconocemos el tono de *El Perseguidor*, uno de sus cuentos maestros, que se ciñe, dentro de la soltura propia de un estilo contemporáneo,